

LA FIESTA DE LA CERVEZA.

No hay en toda la Alemania una población mas agradable que Halverstadt. El día en que atravesé esta risueña ciudad, dirigiéndome de Magdebourg á la universidad de Jena, su acostumbrada animacion se habia aumentado con los preparativos de una fiesta anunciada para el día siguiente. Debía celebrarse la fiesta anual del nacimiento de Breyhahn, ese Baco del Norte á quien

debemos la invencion de la cerveza, y como podia sin inconveniente permanecer allí un dia ó dos, me dejé persuadir fácilmente por la huéspededa del *Cordero de oro*, y me detuve en su fonda á fin de asistir á la anunciada fiesta.

Mientras esta no se verificaba, me dí á vagar por la ciudad, visitando sus monumentos. Despues de correr sin direccion fija, y de disfrutar algun tiempo de la magnífica vista que presentan las murallas, y del risueño paisaje que á la hora del crepúsculo se descubre desde el *Spiegelberg*, me encaminé hácia la antigua morada de Breyhahn; situada en la plaza del mercado viejo.

Esta casa se distingue á primera vista por una placa de cobre colocada sobre la puerta, y que indica la fecha del nacimiento y la de la muerte del inventor de la cerveza alemana, con acompañamiento de algunos versos en honor suyo. Al dia siguiente los nuevos propietarios de aquella antigua y respetable casa donde se ha establecido una soberbia fábrica de cerveza llamada el *jardin de la Harmonía*, la adornaron desde el suelo hasta el techo con guirnaldas de lúpulo (1), mezcladas con flores que la daban un aspecto muy agradable.

En cuanto á la fiesta, despues que la corporacion de los cervecedores y la de los toneleros pasearon las calles de la ciudad al son de la música y precedidos de sus banderas, se colocaron en derredor de la mesa, uno de cuyos extremos estaba ya ocupado por la guardia ciudadana. Entonces el burgomaestre subió á una estrada dispuesta para este objeto, y pronunció un discurso muy largo y muy fastidioso acerca del aprecio en que se debe tener á las artes útiles. Siguió una cantata ejecutada con bastante entusiasmo, però cuyos versos, como todos los de las cantatas, eran perfectamente apelmazados, si se me permite la expresion, menos quando se perdian en las nubes; despues de lo cual coronaron el busto de Breyhahn que estaba colocado en medio de la entrada.

(1) Esta planta sirve con otros ingredientes para hacer la cerveza.

Este ceremonial y el consumo de una inmensa cantidad de frascos de cerveza que se hizo durante el día y parte de la noche, fué lo único que ví, y por cierto que no merecía la pena de suspender mi viaje para asistir á una funcion tan estética.

S. D.

LAS SALINAS DE WIELICZKA.

Es preciso, amiguitos míos, que os hable de una de las cosas mas curiosas que he encontrado en mi vida; yo que he viajado mucho, he visto mucho, y que en medio de las fatigas de una existencia errante, he echado de menos muchas veces la calma de la casa paterna y los dulces pasatiempos del colegio. Creedme, las escenas mas variadas que encontramos á cada paso, no valen tanto como los goces del reposo, y esto lo puedo yo decir, porque he vivido alternativamente en la agitacion y en la calma: pero no por esto debemos renunciar al provecho que sacamos de nuestras lejanas excursiones, el de ver y haber visto, porque la naturaleza y la civilizacion presentan maravillosos espectáculos. Uno de los mas sorprendentes que han visto mis admirados ojos, son las minas de Wieliczka en Polonia, y por eso voy á hacer que las visiteis sin salir de vuestra casa.

A una milla de la ciudad de Cracovia y por el lado del Mediodía se encuentra al pie de la primera cadena de los montes Crapacks la poblacion de Wieliczka, célebre por sus minas de sal. No las hay ni mas calebres, ni mas magníficas en toda la extension de la Europa, tanto por sus riquezas como por la hermosura de sus trabajos subterráneos.

Los curiosos que desean visitarlos, deben dejar su nombre en casa del director de las salinas, donde les dan largas blusas ó camisas blancas á fin de impedir que

el polvo salitroso manche sus vestidos. Hay dos medios para bajar á los subterráneos, el uno por medio del cable, y el otro por la escala, la cual tiene cuatrocientos setenta escalones con frecuentes mesetas para evitar el vértigo que podría ocasionar tamaña profundidad.

Los viajeros que prefieren el otro medio de descenso, entran en una especie de tinglado que cubre un enorme pozo, en cuya abertura hay un cilindro ó molinete; del grueso cable fijo en este cabestante cuelga una triple fila de sillas de cordeles, y las primeras estan ocupadas por chiquillos que cantan llevando lámparas en la mano: el conductor, que es uno de los mineros, se coloca en seguida, y despues vienen los viajeros.

Hay quien sostiene que no existe el menor peligro al bajar de este modo; mas yo confieso sin embargo que al verlo uno por primera vez se extremece. Qué emocion no debe sentirse al verse suspendido de este modo en el abismo, cuyo fondo dificilmente se puede descubrir al débil resplandor de las lámparas! La cuerda se desarrolla al momento que uno está sentado, y se siente uno arrastrar con rapidez: el conductor lleva en la mano un baston con el cual dirige el débil columpio, y le impide dar contra las paredes del pozo, previniendo de este modo los choques frecuentes y peligrosos que experimentaríá á no hacerlo así.

Al cabo de dos minutos de continua ansiedad, se ha concluido el descenso, y deja uno su silla. Entonces se presenta á la vista del viajero un cuadro de maravillas y prestigios. El piso primero (tiene otros dos mas) es el mas curioso y admirable, pues contiene muchísimos corredores mas ó menos anchos, una capilla dedicada á S. Antonio con su altar, sus columnas, su púlpito, y hasta dos monaguillos hechos de sal cristalizada transparente y de color de rosa, cuya vena está ahora agotada. Solo restan algunos fragmentos, con los cuales hacen los trabajadores relojes, sortijas, cañoncillos y otros juguetes que venden por su cuenta. En la entrada de la capilla se vé la estátua de Augusto II, rey de Polonia,

de tamaño natural, y hecha de un solo pedazo. Había sido llevada á Varsovia como objeto de curiosidad; pero se observó que el contacto del aire empezaba á causarla alguna degradacion, y de nuevo fue trasladada á Wieliczka.

A alguna distancia de la capilla se halla la sala de la *Araña*, llamada así por una inmensa de diamantes cristalizados que cuelga de la bóveda. Esta sala llamada *kloshs* por los mineros, está rodeada de enormes pilares negros (porque la sal en masa presenta este color), cubiertos de puntitos que brillan como diamantes á la luz de las antorchas, las bujías y las lámparas que los alumbran. Desde allí parten corredores sin fin que se pierden en las tinieblas, y en las paredes de aquella sala hay escalerillas unas sobre otras, por las cuales suben los obreros con una agilidad y una rapidez inconcebibles. Nadie podrá figurarse la sensacion que causa ver á aquellos hombres que se suspenden en el abismo, y trepan por las paredes que hace brillar la luz de la lámpara. Se elevan á tal altura que apenas deja llegar su lámpara una débil claridad al ojo del asombrado espectador. Para juzgar mejor la altura de aquella bóveda, es preciso observar una cascada que despues de estrellarse mil veces sobre las rocas, al fin vuelve á caer en masa, para serpentear en seguida tranquilamente. Una escalerilla, con una ligera rampa, sigue en cierto modo las vueltas y revueltas del agua, y no parece algunas veces sino que las personas que la suben se confunden con el vapor del torrente. Es un espectáculo tan encantador como terrible ver aquella sala, aquella bóveda, aquellos hombres que aparecen y desaparecen como gusanos de luz. Es preciso verlo, porque la pintura no podría reproducir todas las bellezas que contiene un espacio de siete mil pies de largo sobre tres mil de ancho.

No debo omitir el hermoso fenómeno que se presenta á los que en el fondo de las aberturas exteriores de la mina levantan los ojos hácia el firmamento; aunque el sol esté en el horizonte, ven brillar las estrellas á todas

horas del día cuando el cielo no está cubierto de nubes.

El aire de aquellos subterráneos es perfectamente seco y sano; ningun animal venenoso puede vivir allí, y en vano buscariais ranas ni ratones; los gases no son maléficos, pues se desprenden en corta cantidad, y su inflamacion no causa la menor explosion. Es falso, aunque ciertos autores lo han sostenido, que los mineros no pueden trabajar mucho tiempo sin que esto perjudique á su salud; tampoco es exacto decir que pasan allí su vida sin ver el día, pues por el contrario, solo trabajan ocho horas, despues de lo cual vuelven á subir para reunirse con sus familias. A los caballos se les baja con el auxilio de correas, y los pobres animales mientras estan allí, permanecen tristes y mústios; de suerte, que por lo regular escojen rocinantes viejos y ciegos, como que únicamente los destinan á dar vueltas á una rueda que hace subir la sal, ó á mover la bomba para sacar el agua.

Hay mas de mil doscientos hombres empleados en las minas, y mientras cuatrocientos, poco mas ó menos, se ocupan en cortar la sal, los demás trabajan en varios otros ramos.

Cada obrero tiene su lámpara para alumbrarse en su faena, y la llevan colgada á la cintura. Los trabajos para la extraccion de la sal, ni mas ni menos que en las canteras de piedras, se ejecutan á mano y con auxilio de la pólvora. Las masas de sal pesan al separarlas cinco y seis quintales, y los fragmentos de menor tamaño, así como todos los restos en general, pasan á unos toneles de madera. En los pisos bajos, á causa de la cantidad siempre respetable que hay para ser transportada, se sirven de una inmensa caja de madera que suben por medio de una rueda puesta en movimiento por cuatro caballos.

En ningun sitio del globo ha penetrado el hombre en las entrañas de la tierra tanto como en Wieliczka, donde las destroza con el hierro hasta mas de mil pies de espesor vertical. Las observaciones hechas acerca de las minas, atestiguan que el suelo de Wieliczka está situado á doscientos cincuenta y cinco metros sobre el nivel del

mar, mientras que los trabajos situados en los pisos inferiores estan á cincuenta metros mas abajo que él, sin embargo de lo cual, aun no se ha llegado á encontrar agua.

Entre la sala de la araña y la capilla se encuentra tambien en el mismo piso un obelisco de sal, elevado en memoria de una visita que el emperador de Austria hizo á las minas en 1817.

Viene en seguida la sala de baile (Lentow), y por lo regular allí es donde se dan los bailes, cuando viajeros ilustres van á las minas. Así es como Wielicka ha recibido la visita de gran número de soberanos extranjeros, y ha visto á todos sus reyes. ¡Allí deben ir los hombres á tomar una leccion de humildad! ¿Qué son sus obras mas hermosas comparadas con las del supremo creador?

En 1813 despues de la campaña de Rusia, cuando el ejército polaco mandado por el príncipe Poniatowski se retiró sobre Cracovia, y el gobierno buscó en ella un refugio, se efectuó en aquella sala una de las funciones mas bellas que se han dado en las salinas. Esa fué la última fiesta nacional, pues á poco pasó Wieliczka al dominio austriaco, perdiendo su libertad como toda la Polonia.

Sostienen algunos que esta sala es la mas bella de las minas á causa de sus columnas, su prodigiosa elevacion y la galería donde se coloca la orquesta cuando hay baile. Sin embargo, confieso que es la que menos me gusta; pues esa mezcla de transparentes, de paquetes de madera, de banquetas, etc. contrasta del modo mas desagradable con la sublimidad de las obras de la mano de Dios. Los accesorios de este local aparecen mezquinos, son casi ridículos al lado de las masas eternas que acompañan. En general parece que el arte perjudica allí en lugar de embellecer. Yo he visto la mina iluminada; la he visto tambien con el auxilio del resplandor débil, disseminado y fugitivo de las lámparas de los trabajadores, lo cual hacia resaltar mas y mas la inmensa extension de sus tinieblas profundas; y bajo este último aspecto es como

yo prefiero á Wieliczka. Entonces la magestad, el sublime horror de aquellos lugares se muestran en toda su grandeza, y no pudiendo medir la vista la altura de aquellas bóvedas ni la profundidad de aquellos abismos, se las figura uno mas grandes tal vez de lo que son en realidad.

A poco se encuentra un lago de agua salada, provisto de una especie de muelle con una balaustrada desde la cual podeis ver embarcarse á los que quieren navegar en aquella agua. Un barco chato está amarrado á la orilla, y meciéndose sobre el lago no tarda en perderse en un antro sombrío y profundo donde se detiene.

Añadiré acerca de la extension de la mina, que si se reuniesen todos los corredores de los diversos pisos y que se cruzan en todas direcciones, se hallaría un total de ciento veinte leguas.

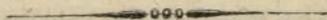
Tambien se enseña á los curiosos, bastante osados para recibir en ello placer, el modo de saltar la sal con la pólvora. El espesor de las masas es tal, que hallándose en las inmediaciones de la mina, no oí la explosion, aunque dicen que el ruido es igual al zumbido del trueno, y lo repiten los ecos de abismo en abismo. Entonces me dirijí al sitio en que la sal habia sido minada, y ví caer y romperse hasta mis pies un lienzo de pared!

La escalera que conduce de lo interior al primer piso es de madera, y todas las demás estan abiertas en la roca.

Son necesarias seis horas para visitar parte de las minas, y durante este espacio de tiempo no podeis ver los objetos sino muy superficialmente. Apenas bastaría un mes empleando ocho horas al dia, para verlas y examinarlas en detalle.

Y lo mas admirable es que los mineros, acostumbrados á trabajar en aquellos golfos inmensos, estan mas contentos que al aire libre: hallarse *sobre tierra* es para ellos un destierro momentáneo; lo mismo que

los marinos que aspiran, que anshan pisar su buque, desean volver á entrar en su patria adoptiva. Esto prueba, amiguitos míos, que Dios les concede una gracia en su estado oscuro; mas para vosotros y para mí creo que vale mas invocarlo á la claridad de los cielos.



LOS ZAPATOS DEL DIA 1.º DEL AÑO.

Anécdota histórica.

I.

En 1820 la marquesa de la Selva vivia en una bonita casa de la calle de Atocha, y tenia á su lado una huérfana de diez años, nieta suya, y que se llamaba Luisa. La marquesa se habia dedicado con amor á la educacion de su nieta, y para preservarla de las preocupaciones de desdeñosa vanidad que en las clases favorecidas por la fortuna vician la mente y el corazon, tenia la costumbre de permitirle jugar en casa ciertos dias con niños pobres de la vecindad. Luisa se prestaba con la mejor gracia á este deseo, y trataba á sus compañeritas con exquisita cordialidad.

El primer dia del año de 1821 estaba Luisa rodeada en el salon de su buena mamá, de un círculo de niñas aseadas pero muy modestamente vestidas, á las cuales distribuia sus dulces y juguetes que desde por la mañana habia dividido en partes casi iguales. De tiem-

pô en tiempo una expresion de inquietud é impaciencia se pintaba en el rostro feliz y risueño de Luisa, lo cual nacia de que faltaba una de sus mejores amiguitas: una vecina, Mariquita, aquella á quien Luisa queria mas entre todas las niñas, no habia llegado todavía, aunque la habian enviado á buscar repetidas veces.

Al fin apareció María, no sin haberse hecho de rogar largo tiempo. Era una niña poco mas ó menos de la edad de Luisa; llevaba un gorrito muy blanco, que ocultaba una cabeza expresiva y rubia, y un traje de género comun y ordinario; pero habia en su persona un aire de limpieza, de elegancia natural y de gentileza que hacia olvidar la pobreza de su vestido.

Apenas puso el pié en el salon cuando Luisa corrió á su encuentro, y exclamó con viveza:

— Ah! pícara! ¿cómo has podido hacerte esperar tanto tiempo? Dí, ¿por qué no has venido desde luego?

María en lugar de responder bajó los ojos como abochornada, y Luisa continuó:

— Habla, habla! ¿no me quieres ya? acaso te fastidio?

Estrechada de este modo balbució María:

— No, oh! no.... pero yo no venia.... porque....

— ¿Por qué? la interrumpió Luisa con impaciencia.

— Porque no tenia zapatos.

Estas palabras fueron dichas en voz tan baja, tan baja, que Luisa las adivinó en el color de púrpura que iluminaba el rostro de María. Lanzó una ojeada al traje de la desdichada niña, y vió que en efecto llevaba una especie de alpargatas, en cada una de las cuales cabian unos pies de doble tamaño que los suyos; como que eran los zapatos de su madre! Luisa lo comprendió, y

saltó al cuello de María, á la cual abrazó con entusiasmo. Afligida por haberla hecho ponerse colorada, la instaló en medio del círculo de las demás niñas, ocultó sus pies sin afectacion debajo de un cojin, la dió su parte de regalos, y se ocupó de ella con particular atencion. Por un sentimiento de delicadeza muy raro en una niña de su edad, se esforzaba en hacerla olvidar lo que acababa de suceder.

Al cabo de algunos instantes Luisa se acercó á la marquesa de la Selva, y la dijo de modo que nadie lo oyera:

—Mamá, María es muy desgraciada, pues para venir aquí ha tenido que ponerse los zapatos de su madre: ¿Quieres que la dé unos de los míos?

—Con mucho gusto, hija mia; pero no se ofrecen unos zapatos como los dulces y los juguetes. Si María es pobre, tiene su poco de vanidad, y no debes humillarla.

—No tengas cuidado, mamá: despide á las otras, y deja que realice mi plan.

Deseando conocer la marquesa de qué medio se valdria su nieta, despidió en efecto á las demás niñas menos á María, y apenas se quedaron solas cuando Luisa la llevó á su cuarto, y la dijo:

—Causemos una sorpresa á mamá: cambiemos de traje, y verás como no nos conoce al pronto: tú irás á abrazarla como yo lo hago, y verás cuanto nos divertimos.

La idea de aquel disfraz hizo sonreír á la pobre chica, y pronto se efectuó el cambio. Luisa puso á María su lindo vestido de raso negro, sus medias de seda y sus bonitos zapatos que venian muy bien á su pié. Des-

pues se colocó todo el traje de María, sin exceptuar el gorrito blanco, y así disfrazadas corrieron en busca de la marquesa de la Selva, la cual no acertó al pronto la causa de semejante metamorfosis; pero la comprendió muy pronto.

—Mira, mamá, decia Luisa, mirándose en todos los espejos del salon, como me sienta este traje azul! Pues y el gorro! nunca he tenido uno que me caiga tan bien. Si María quiere, y tú lo permites, permaneceremos así; María se quedaría con mis vestidos y yo con los suyos. Como pronto vamos á dejar á España, una y otra tendremos un recuerdo que por mi parte me causaría mucho gusto.

—No hay inconveniente en ello, hija mia, respondió la marquesa conmovida con la delicadeza de semejante proceder. María es una excelente chica, y cuando estemos lejos de ella tambien yo me alegraré tener á la vista una cosa que me la recuerde.

María se opuso á este cambio, porque la desigualdad de los objetos así como de su valor la hacia tener algunos escrúpulos; però al fin cedió, y volvió á casa de su madre con el traje de Luisa.

Luego que se fué, la señora de la Selva estrechó á su nieta en sus brazos, y una lágrima de felicidad rodó por sus venerables mejillas al decirla:

—Gracias por lo que acabas de hacer, hija mia. Dios te bendecirá, porque tienes buen corazon.

Un mes despues de esta escena la marquesa y Luisa partieron para Italia; pero no sin dejar á la madre de María los medios necesarios para que esta pudiese recibir una buena educacion. Además entregó la generosa señora á un virtuoso eclesiástico una buena dote, la cual debía

poner en manos de su protegida cuando se hallase en edad de tomar estado.

II.

Quince años habian pasado, y una jóven modestamente vestida pero de rostro pálido y macilento entraba en casa de un personaje influyente que vivia en la calle de Alcalá. Introducida la jóven á las habitaciones de la señora de la casa, esta la rogó tuviese la bondad de esperar á su esposo que debia volver dentro de unos instantes, y se informó del motivo de su visita.

La jóven la dijo que su marido estaba preso por causas políticas, y que iba á rogar al personaje en cuestion interpusiese su influencia para que le diesen libertad, y no la ocultó que se mantenía con el producto de su trabajo. Mientras hablaba, mirábala la esposa del personaje con gran atencion, hasta que la dijo con voz cortada:

—Perdóneme V., señora, si mi pregunta es indiscreta; pero sus facciones de V. me recuerdan una persona sobrado querida para que no procure aclarar mis dudas. ¿Me será permitido preguntar á V. su nombre de familia?

—¡Dios mio! respondió la jóven, cuanto mas examino á V., tanto mas me parece que no es esta la primera vez que la he visto.... Me llamaba antes de mi matrimonio Luisa de la Selva.

Apenas habia pronunciado este nombre, cuando la otra lanzó un grito, y se arrojó al cuello de Luisa sollozando y diciendo:

—Al fin te he encontrado!... Gracias, Dios mio!...

—María.... murmuró Luisa devolviéndola sus caricias.

—Sí, María, repuso con exaltacion la jóven; soy María, la pobre niña á quien un dia diste zapatos; María á quien tú has hecho rica, y que no deseaba otra cosa que poder bendecirte de cerca... Pero veo que solo me ocupo de mí, y no te pregunto una palabra de tu suerte... ¿Qué es lo que te ha sucedido, pobre amiga mia?

Luisa la contó llorando que su abuela la marquesa de la Selva murió en Nápoles en 1830 poco despues de haberla casado con un jóven español lleno de deudas, y que habia sabido ocultarla su posicion. Las justas exigencias de sus acreedores y su lujo no tardaron en acabar con el caudal de Luisa, de suerte que determinaron volver á España. Ya en Madrid, su marido, que no tenia recurso alguno, se habia mezclado en asuntos políticos con la esperanza de mejorar de suerte; pero habia tenido la desgracia de ser preso, siendo este el motivo que le llevaba á impetrar la proteccion de una persona cuyo valimiento era notorio.

María escuchó profundamente afligida el relato de Luisa, confundió sus lágrimas con las suyas, y luego que hubo pasado su primera emocion, la llevó á su retrete. Abrió entonces un bonito cofre de palo de sándalo, del cual sacó un traje completo de niña: vestido de raso negro, medias de seda, zapatos etc., y mostrando á Luisa todos estos objetos tan bien conservados, la dijo:

—¿Los conoces?... esta es la herencia mas preciosa que pienso dejar á mis hijos, si es que Dios me los concede. Ahora que te he encontrado, dispon de mí, pues te pertenezco; pero si quieres hacerme tan dichosa como infeliz era sin tu presencia, sé mi hermana.

No es necesario añadir que el marido de la agradecida jóven hizo tanto en favor del esposo de Luisa, que

al fin fué puesto en libertad. Esta no quiso aceptar de su amiga ningun servicio pecuniario, y toda la astucia desplegada por ella para que participase de su fortuna fracasó contra la firmeza de Luisa. Sin embargo, aceptó con gratitud un destino importante para su esposo, y desde entonces, amaestrado este con los desengaños y las privaciones anteriores, se ha corregido de sus vicios, dedicándose exclusivamente á desempeñar con celo y honradez los varios empleos que hasta el día ha tenido, y á hacer felices á sus hijos y á su tierna esposa.

Este ejemplo prueba, queridos niños, que una buena accion puede ser, andando el tiempo, una buena fortuna para el que la hace. Acordaos de esto siempre, y no lo olvideis distraídos con vuestros inocentes juegos y vuestras alegres travesuras.

LA ANARQUIA DE LOS ANIMALES.

FABULA.

No me atrevo á decir si fué en España
La que á contaros voy historia extraña.
Entre los animales cierto dia
Reinaba una espantosa algarabía,
Pues creyéndose libre todo vicho,
Quiso seguir tan solo su capricho.
El reptil y el cuadrúpedo mezclados,
Los pájaros tambien y los pescados,
Todos ¡vaya un antojo! confundidos,
Lanzaban de placer roncós ahullidos.

Del ruiseñor la voz enamorada
 Ensayaba la rana descarada;
 Sus colmenas cedió la abeja activa
 A una turba de zánganos lasciva,
 Y huían desalados losalcones
 De los siempre golosos gorriones.
 Las liebres á los galgos perseguían;
 Los pollos miedo al zorro no tenían;
 Luchaba en la carrera el cangrejo
 Con el rápido ciervo y el conejo;
 Los osos custodiaban los cabritos,
 Y el lobo los lanudos corderitos;
 El perro en los tejados mahullaba;
 En torno de una noria vueltas daba
 El javali feroz, y la ballena
 Dejó las aguas por la selva amena.
 De tal estravagancia sorprendido,
 A un loro parlanchin y relamido
 Un cuervo preguntó—era viajero—
 La causa de un desórden tan grosero.
 Antes que contestase «esto consiste,
 »Una urraca le dijo con voz triste,
 »En que el rey leon ha promulgado
 »Un código á su pueblo no adecuado.
 »Cualquiera ciudadano, ha dicho el rey,
 »Puede ser empleado, segun ley;
 »Y desde entonces todos un empleo
 »Piden, sin abrigar otro deseo
 »Que sueldo percibir de la nacion,
 »Saciando de riquezas su ambicion.
 »Que prospera el pais hay quien sostiene,
 »Pero así sostenerlo le conviene,
 »Y dando muestras de su poco juicio,
 »Todos desdeñan el paterno oficio.»
 —El cielo os guarde, dijo el peregrino,
 A seguir ya dispuesto su camino;
 Vuestras leyes serán muy excelentes,
 Mas vosotros sin duda estais dementes.

TENORIO.